ESPERANZA Y RECUERDO

Escribo de mi amigo Leopoldo Panero en mi Málaga, a tres metros de la orilla del mar, de noche y con luna llena. Junto a mí se alza una pared blanca y rugosa en la que hay colgada una maceta de jazmines. Huele a sal, a roca mojada, a mariscos, a flor. No sé explicarme cómo estoy yo aquí, escribiendo, oliendo, mirando, sin que esté también Leopoldo. Si yo creyera que la muerte es la muerte, no podría escribir ahora, ni mirar. Más que recogerme, me encogería en este aire abierto, y nada de esto me importaría, y todo me daría una enorme, aplastadora tristeza sin remedio, porque mi buen amigo ya "no era", y todo lo demás tampoco sería nada. Pero yo no creo en la muerte-muerte, sino en la muerte-vida, y si he conocido alguien capaz y digno de vivir para siempre, ése ha sido mi amigo Leopoldo Panero. Está vivo, lo sé. Aunque ahora nos falte a cuantos (¡y cuántos!) le queríamos, su ausencia es sólo una espera, una esperanza. Está vivo. Lo lloramos porque vive y no lo vemos. Si no viviera y si no fuéramos a verle nunca más, sobraría el llanto. Seríamos aún menos que estas piedras en las que se rompen mansamente las olas donde está rielando la luna. Pero estas piedras esperan también, todo está esperando, esperándole, como él nos espera a nosotros. Me parece estar oyendo su voz, que, identificada con la Resurrección de los hombres en Cristo, repite las palabras: "Ahora padecéis tristeza, pero yo volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie podrá quitaros ya este gozo."

Aquella voz suya, poderosa de confianza y de certeza. Obrero de palabras creadoras y estimulantes, consejero seguro, "amigo de sus amigos, maestro de esforzados y valientes", hombre poeta, lleno de calor cordial y de verdad. Poco significan las palabras ante esta conjunción de recuerdos y esperanzas. Habría que inventarlas, es decir, darles su significado primordial, puro, intacto, como él sabía hacerlo.

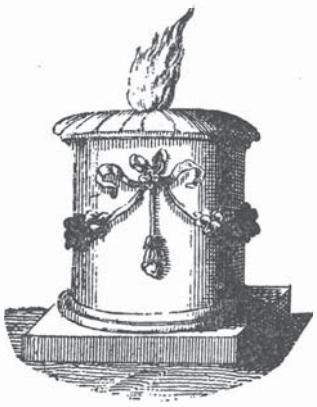
Leopoldo se ha ido para alimentarnos la esperanza. Se ha ido cuando todo nos hacía creer que no podía alejarse de nosotros, los que le necesitábamos.

En mi "Carta a Eduardo Carranza" (que tanto echará de menos, allá lejos en su paisaje colombiano, la presencia de Leopoldo) en ese poema escrito también desde esta orilla mediterránea que ahora me acompaña, dejé, entre algunos versos que decían vida, vida abierta como esta que hoy todavía me rodea, unas líneas pensativas de la muerte; palabras que podrían ajustarse como a ninguna otra, a la muerte en plenitud, inespe-

rada, inverosímil, y por ello mismo más luminosa de esperanza, que le ha llegado a Leopoldo:

Olvidarme quisiera de la muerte
pero ¿sería la vida lo que es
sin la muerte? Seguramente no.
Todo importa. Al nacer nos regalaron
esta capacidad para gastarla.
¡Caer, amigo, el día de la muerte
como un fruto maduro que ha esperado
la hora de plenitud exacta y bella,
la hora justa de ser fruto completo
para soltarse de la rama!...

Málaga, 13 de septiembre de 1962.



JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN